



En Madrid, a 26 de mayo de 2026

Saludo de Jesús Díaz Sariego, OP, y Cinta Bayo, ACD, presidente y vicepresidenta de la CONFER en la Ceremonia de Apertura de la 32ª Asamblea General

Desde la presidencia de la CONFER queremos compartir un saludo de bienvenida a todos vosotros, por vuestra presencia en la inauguración de la trigésimo segunda Asamblea General de Superiores Mayores de la CONFER. Unas palabras de acogida a todos los invitados y a las numerosas instituciones, tan importantes para la Iglesia y para el conjunto de la sociedad, a las que representáis. No nos olvidamos de aquellos que por diversas razones no pueden estar presentes y que nos han excusado su ausencia. Gracias a todos por vuestro apoyo, ayuda y colaboración. A los miembros de la mesa deciros que recibimos vuestras palabras con voluntad de atenta escucha, para hacerlas también nuestras.

Sabemos que “dar las gracias” va más allá de un simple protocolo de cortesía. Conlleva reconocer el valor de lo que recibimos y experimentamos. En el gesto y en la palabra de gratitud ponemos de manifiesto el esfuerzo y el tiempo invertido. Pero también con su expresión queremos fortalecer los vínculos y expresar nuestra empatía. Sentimos un profundo agradecimiento a todas las personas e instituciones con las que la CONFER colabora estrechamente.

El lema de esta trigésimo segunda Asamblea General, como habréis podido ya observar, dice así: “Todos, todos, todos”. Kairós sinodal. La CONFER, en esta ocasión, ha querido hacerse eco de las palabras que en su día pronunciara el querido y recordado Papa Francisco. En la afirmación “Todos, todos, todos”, profundizamos con los demás miembros de la Iglesia en lo que hemos denominado Kairos sinodal. Sabemos que el Kairós es el momento oportuno, adecuado, perfecto. A diferencia del tiempo cronológico, que se mide en horas y segundos, el Kairós representa más bien lo cualitativo, la cualidad del tiempo. Estamos viviendo un tiempo eclesial lleno de oportunidades. La escasez no es sin más sinónimo de abandono o desintegración. La escasez saca a flote la levadura que quiere fermentar. Es, más bien, el grano de trigo que quiere crecer y dar fruto.

Y quizá ahí se juega para nosotros el sentido más profundo de este lema. Porque decir “todos” no es solo una afirmación bonita, es una llamada que nos compromete. Nos invita a mirar nuestras propias fronteras y a preguntarnos a quién nos sigue costando incluir. Tal vez también necesitamos hacernos una pregunta más profunda: ¿a quién hemos ido dejando fuera sin darnos cuenta en este camino? ¿Qué voces no están en nuestras mesas... y qué podrían aportar si las escucháramos? Este “todos” no se construye en abstracto, sino en lo concreto de nuestras relaciones, en cómo escuchamos, en cómo participamos, en cómo dejamos espacio a otros. Es un camino que pasa por descentrarnos y dejarnos conducir por el Espíritu hacia formas nuevas de ser comunidad y de vivir la misión. Tal vez este kairós sinodal nos está



pidiendo pasar de un “todos” dicho a un “todos” vivido.

A lo largo de estos años venimos pronunciando con frecuencia la palabra sinodalidad. Sobre ella se ha escrito mucho. Las Congregaciones hemos asistido a numerosas conferencias sobre su temática. Hemos leído documentos de la Asamblea sinodal, del Papa Francisco, a este respecto. Hemos participado, igualmente, en los procesos locales (parroquiales), diocesanos, nacionales y continentales. Algunos religiosos españoles siguen estando muy comprometidos en el proceso sinodal, su dinamismo e implantación eclesial. Entre ellos nuestro querido animador de estas Jornadas, Yago Abeledo y al que luego presentaremos más detalladamente. Pero nos falta ahondar en un aspecto importante. La sinodalidad no es solamente una palabra bonita que pronunciamos para los demás, para la sociedad o para los demás miembros de la Iglesia. Es también un “examen de conciencia” para nosotros como consagrados. No solo sobre lo que hacemos, sino sobre cómo escuchamos, a quién damos espacio, y a qué voces — también dentro de nosotros mismos— nos cuesta acoger.

No debemos dejar que la palabra y lo que conlleva nos canse. No lo olvidemos: la sinodalidad, en palabras del Papa Francisco, «es el camino que Dios espera de la Iglesia para el tercer milenio». Debemos escuchar y discernir atentamente esto. ¿Acaso no es una voz del espíritu? ¿Acaso no es la palabra que Dios nos recuerda para la Iglesia del presente y del futuro? Es cierto, la sinodalidad forma parte de la Iglesia desde sus inicios, como así nos lo recuerda la Comisión Teológica Internacional, en su documento La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia. Pero, también es constatable, que aparece en este momento histórico con nueva fuerza. Es un signo de nuestro tiempo. Por eso podemos decir que la Iglesia, en su momento presente (histórico, cronológico), está viviendo un Kairós sinodal.

Y por eso hemos querido centrar esta Asamblea en la sinodalidad. No es un tema elegido al azar. Surge también de lo que hemos escuchado en el reciente Jubileo de la Vida Consagrada, donde el Papa León nos invitaba a mantenernos en este camino. Nos recordaba, retomando a san Pablo VI, la importancia de cuidar ese “diálogo doméstico” dentro de la Iglesia: un modo de relacionarnos desde la escucha, desde la confianza, desde la búsqueda compartida. Y él mismo nos decía que la vida religiosa está en una posición privilegiada para vivir todo esto. Por nuestra forma de vida, por la diversidad de nuestras comunidades, por la experiencia que tenemos de vivir y decidir juntos, estamos llamadas a hacer de la sinodalidad algo real, concreto y cotidiano. Algo que se traduzca en relaciones más abiertas, en espacios donde también lo diferente, lo incómodo o lo no previsto tengan cabida.

Hemos celebrado la solemnidad de Pentecostés. La Vida Consagrada, toda ella, está en el proceso sinodal junto con la comunidad eclesial, bajo la acción y el dinamismo del Espíritu. A lo largo de estos años los religiosos y religiosas, también en España, estamos viviendo procesos profundos de transformación y cambio. Hemos ido tomando y ejecutando decisiones relativas a la reorganización de nuestros Institutos. Las Congregaciones, con gran esfuerzo humano e institucional, han iniciado procesos de cambio hacia el interior de los carismas. Hoy podemos decir que nuestra respuesta ha sido sostenida, quizás de forma inconsciente, por la



fidelidad al Espíritu de Dios. La misión carismática que hemos recibido de anunciar el Evangelio requiere odres nuevos. Desde la presidencia de la CONFER constatamos con satisfacción el esfuerzo de las Congregaciones en el empeño de generar odres nuevos en la manifestación histórica de los respectivos carismas. Odres que permitan no solo organizarnos mejor, sino escuchar más y mejor, y aprender a caminar juntos desde esa escucha.

Como solemos hacer, hemos querido buscar en la Palabra de Dios la mejor inspiración que nos ayude a profundizar en este momento, en nuestro kairós sinodal. En esta ocasión nos acompañan las palabras del evangelista Mateo, cuando pone en boca de Jesús la parábola que nos invita a dejar crecer juntos hasta la siega: «Dejadlos crecer juntos» (Mt 13,30).

En nuestro crecimiento personal y también como congregaciones, nos sabemos llamados por el Espíritu a la conversión. A esas conversiones sinodales que señala el documento final: la conversión espiritual, la conversión de las relaciones y de los vínculos, la conversión de los procesos o procedimientos. Pero también la conversión institucional y misionera. Pero ninguna de ellas será real si no pasa por un proceso personal. Por eso, en esta Asamblea, no puede faltar la pregunta: ¿cómo favorecer la conversión de nuestras comunidades e instituciones? Y aún más: ¿cómo aprender a ser sinodales también con uno mismo? ¿Qué aspectos de nuestra persona y de nuestra vocación aún no han sido tocados por el Espíritu que nos llama a caminar de otro modo? Quizá también podríamos preguntarnos: qué voces, en nuestras comunidades, en nuestros consejos o en nosotros mismos, hemos ido dejando en la sombra... y qué nos estaría diciendo el Espíritu a través de ellas.

Las Órdenes y Congregaciones venimos construyendo un contenido hilado, más discernido y sentido. Se expresa de esta forma resumida y que resuena como mediación sinodal que nos lleve a la comunión de todos, todos, todos con Dios. Quiere expresar nuestra conversión más institucional: «No hay carisma sin legado, ni legado sin misión. Pero tampoco hay misión sin carisma evangélico que la respalde, ni carisma sin comunión». Un buen resumen condensado de lo que de forma transversal estamos viviendo al interior de los Institutos de Vida Consagrada y en el dinamismo en conjunto de la CONFER. Los carismas y sus legados espirituales desarrollan una misión evangélica que ha de desembocar en la comunión con los demás carismas y miembros de la Iglesia. Es el camino que debemos recorrer para llegar a Dios, apoyados en la fidelidad a los consejos evangélicos que ya hemos profesado el día de nuestra consagración religiosa.

Queremos examinar también nuestro corazón. De hecho, en palabras del Papa León, «el modo en el que pensamos y estructuramos las relaciones, el trabajo, las instituciones, manifiesta nuestros valores fundamentales y, en definitiva, nace de lo que tenemos en el corazón. Es un amor que nos guía: aquello que amamos realmente, como consagrados, orienta la vida y las acciones». La sinodalidad comienza en cada uno consigo mismo. Que cada cual se fije bien de qué manera la hacemos posible. Ya san Pablo, en su carta a los Corintios nos decía algo tan elocuente como esto: «Conforme a la gracia de Dios que me fue dada, yo, como buen arquitecto, puse el cimiento, y otro construye encima. ¡Mire cada cuál cómo construye!



(1Cor 3,10).

La conversión, tanto personal como institucional, pasa también por confrontarnos con los fantasmas que anidan en nuestro interior y en nuestras comunidades. Pero quizá no tengamos que entenderlos solo como algo que nos bloquea. Los fantasmas también nos hablan. A veces tienen que ver con miedos, sí, pero otras veces esconden voces que no hemos sabido escuchar: intuiciones, heridas, preguntas, desacuerdos... realidades que quedan en la sombra y que no siempre encuentran espacio. Y, sin embargo, ahí puede haber una clave. Tal vez la invitación del Espíritu no sea evitar esos fantasmas, sino aprender a reconocerlos y a escucharlos. Solo así podremos caminar con más verdad, más libertad y más hondura. En esta Asamblea queremos también abrirnos a este trabajo.

Esta trigésima segunda Asamblea no puede ser ajena a lo que eclesialmente estamos viviendo estos días. Somos agradecidos por la visita del Papa León a nuestro país del 6 al 12 de junio, en las Diócesis de Madrid, Barcelona, Sant Feliu de Llobregat, Gran Canaria y Tenerife. Diversos contextos geográficos donde la Vida Consagrada está bien presente, como vida monástica y apostólica, con múltiples proyectos de misión, apoyando a las Iglesias locales con su oración y con su apostolado y, desde ellas, a la Iglesia universal. Tendremos ocasión de participar en los numerosos actos del Papa, junto con los distintos sectores sociales y eclesiales. Una prueba más de la presencia viva y encarnada de los religiosos y religiosas en medio del pueblo, compartiendo su vida y su fe.

Estos días estamos recibiendo varios Spot, con motivo de la visita del Santo Padre. En ellos, con gran profesionalidad y sentido eclesial, se nos muestran diversos mensajes que no son ajenos a misión que tenemos encomendada desde cada uno de nuestros carismas. Todos ellos pretenden ayudarnos a realizar el compromiso de «Alzar la mirada» (cf. Jn 4, 35). Una invitación a la sociedad, también a la vida religiosa, a elevar la vista por encima de la rutina y de la autorreferencialidad, de las preocupaciones y de la polarización, para abrirse a la esperanza y al encuentro con los demás.

El pasado 15 de mayo el Papa León firmó la Encíclica Magnifica Humanitas. Sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial. Un texto realmente precioso, profundo y lleno de contenido para nosotros. Solamente queremos resaltar alguna de sus ideas y que nos ayudan a la hora de situarnos ante el trabajo que vamos a realizar estos días reunidos en Asamblea.

El Papa León nos pide a toda la Iglesia, y a la Vida Religiosa como parte de ella, que detengamos la construcción de la enésima Babel y que unamos fuerzas para edificar en el bien, para que la humanidad nunca pierda su propia belleza y el mundo pueda reconocer una vez más, en el corazón del ser humano, el lugar donde Dios deba habitar (cf. MH, n. 16).

En no pocas ocasiones nos preguntamos y nos preguntan si la vida religiosa tiene futuro. Es una pregunta legítima. No debe darnos miedo confrontarnos con ella, sobre todo si nos



ayuda a vivir más fielmente el presente ya que, como nos dice el Papa León en su reciente Encíclica, «el verdadero progreso (futuro) nace siempre de un corazón abierto al otro, de una inteligencia dispuesta a escuchar, de una voluntad que busca lo que une más que lo que separa (MH n. 15).

Esta es la bendición que imploramos a Dios y la tarea que tenemos por delante: ser constructores de comunión, no arquitectos de Babel; siervos del Reino que viene, no dueños de torres destinadas a derrumbarse (cf. MHn. 17). Feliz Asamblea para todos y todas.

[Qué es la CONFER](#)

Contacto para Medios de comunicación

Eva Silva (91 519 36 35 - 660 43 59 29) – comunicacion@confer.es